

**JEAN HATZFELD**

**LA VIDA AL DESNUDO**

**VOCES DE RUANDA**

**TRADUCCIÓN DE M<sup>a</sup> TERESA DE LOS RÍOS**

Título original:  
*Dans le nu de la vie.*  
*Re'cits des marais rwandais*  
París, 2000

Fotografías de Raymond Depardon  
© 2000

Éditions du Seuil

© Ilustración de la cubierta: Mela Blanco Lara  
© Traducción: Ma Teresa de los Ríos  
Realización gráfica: Antonio Sanseroni

© 2005 Reservados todos los derechos de esta edición  
para:  
Ediciones Turpial, S. A.  
Guzmán el Bueno 133 28003 Madrid  
Tel.: 915 34 92 85

## ÍNDICE

Introducción	9
Amanecer en Nyamata <i>Cassius Niyonsaba</i>	13 17
El mercado grande y el pequeño <i>Jeannette Ayinkammiye</i>	25 28
La carretera de Bugesera <i>Francine Niyitegeka</i>	37 41
La colina de Kibungo <i>Janvier Munyaneza</i>	51 <del>55</del> 57
Cuernos en forma de lira <i>Jean-Baptiste Munyankore</i>	41 63 67
La taberna de Marie <i>Angélique Mukamanzi</i>	79 <del>84</del> 63
Velotaxis a la sombra de una acacia <i>Innocent Rwililiza</i>	93 98
Una tienda en la calle mayor <i>Marie-Louise Kagoyire</i>	121 125
El penal de Rilima <i>Christine Nyiransabimana</i>	135 140
Una huida secreta <i>Odette Mukamusoni</i>	151 154

Los casilleros de los memoriales	161
<i>Édith Uwanyiligira</i>	166
Una precisión al paso	179
<i>Berthe Mwanankabandi</i>	184
La casa de barro y chap a de Claudine	193
<i>Claudine Kayitesi</i>	197
Anochece sobre La Permanence	209
<i>Sylvie Umubyeyi</i>	214
Referencias	237
Glosario	239
Cronología	241
<i>Mapa de Ruanda</i>	243
<i>Mapa del municipio de Nyamata</i>	244

## Introducción

-

[...]Durante varios años los supervivientes de las colinas de Nyamata, al igual que los de otros lugares, han guardado un silencio tan enigmático como el que guardaron los supervivientes de los campos de concentración nazis tras su liberación. Para unos, explican, (la vida se rompió», para otros «se detuvo», otros piensan que «es necesario reanudarla»; pero todos admiten que entre ellos sólo hablan del genocidio.

[...] Para explicar un silencio tan largo decían [...] que «desconfiaban de los seres humanos» y que estaban demasiado desanimados, alejados, «derrumbados». Que se sintieron «incómodos» o incluso «culpables» por haber ocupado el lugar de un conocido o haber recuperado las costumbres de los vivos.

[...] escépticos o indiferentes hacia las lecciones de la historia, cedían a pesar de rodó a la tentación de compartir con alguien ajeno su incomprensión, su desconcierto y su soledad actuales.

## Amanecer en Nyamata

### **Cassius Nzyonsaba, 12 años, colegial Colina de N'ta rama**

[...] Llamamos *interahamwe* a los matarifes hutus. Nos habíamos acostumbrado a cruzarnos con ellos en los caminos. Nos lanzaban ruidosas amenazas. Los oíamos, decíamos que no estaba bien, pero no nos las creíamos. Luego, después del accidente del avión, los vecinos hutus de mi colina vinieron cada día a matar a la gente en sus barrios de origen, sin esperar siquiera a las riñas o altercados normales, Entonces la gente comprendió que no era broma [.....]

El día que comenzó la matanza en Nyamata, en la calle del mercado grande, corrimos hasta la iglesia parroquial. Ya había mucha gente reunida porque es costumbre ruandesa refugiarse en las casas de Dios cuando comienzan las masacres. El tiempo nos dejó dos días de tranquilidad y después los militares y los policías municipales fueron a hacer una ronda de vigilancia alrededor de la iglesia; gritaban que nos iban a matar a todos. Recuerdo que no nos atrevíamos a respirar ni a hablar. Los *interahamwe* llegaron cantando antes del mediodía, lanzaron granadas, arrancaron las verjas y luego se precipitaron dentro de la iglesia y comenzaron a despedazar a la gente con machetes y lanzas. Llevaban hojas de mandioca en el

pelo, gritaban con todas sus fuerzas y reían a mandíbula batiente. Golpeaban a diestro y siniestro, tajaban sin mirar a quién.

La gente que no chorreaba sangre suya chorreaba sangre de otros. Luego fueron muriendo sin protestar [...] los *interahamwe* quemaron a unos niños pequeños delante de la puerta. Vi con mis propios ojos cómo se retorcían mientras ardían aún vivos. a la espalda.

[...] Iban detrás de los perros buscando entre el ramaje para atrapar a los fugitivos. Así me cogieron a mí. Oí un grito, vi un machete, noté un golpe en la cabeza y caí en un hoyo.

[...] En las conversaciones entre nosotros, si algún niño habla del genocidio, todos nos ponemos a contar lo que hemos visto. Eso lleva a veces mucho tiempo. De vez en cuando hay uno que quiere cambiar un detalle, pero lo habitual es que repitamos los mismos recuerdos. Hablar entre nosotros nos libera del dolor.

[...]Pero lo que más me gusta es pasar ratos en el patio de la iglesia. En el lugar donde escapé de las masacres. Todos los días voy allí, está camino de la escuela. Los sábados y en vacaciones también voy. A veces me llevo a las cabras de mi tía, otras me acompaña un amigo con una pelota o me quedó allí sentado, solo. Todos los días miro los agujeros de los muros. Me acerco a los estantes, miro los cráneos, los huesos de toda la gente que mataron a mí alrededor.

Al principio tenía tendencia a llorar al ver esos cráneos sin nombre y sin ojos que me miraban. Pero poco a poco te acostumbras. Me quedo sentado largos ratos y mi pensamiento se va con todos ellos. Me

esfuerzo por no pensar en caras concretas cuando miro los cráneos, porque si me aventuro a pensar en algún conocido vuelve a ganarme el miedo.

[...] De todos modos, me trastornan la cabeza.

[...] Oigo también a mucha gente que me anima a abandonar mis recuerdos como si fueran dañinos. Pero yo vuelvo a la iglesia. Me gusta mucho esta tranquilidad.

[...] En la iglesia vi que la ferocidad puede sustituir a la amabilidad en el corazón de un hombre más deprisa que la lluvia de tormenta. Es una penosa preocupación que me inquieta ahora.

Creo que nunca los blancos, ni tampoco los negros de los países vecinos, van a creerse de arriba abajo lo que pasó aquí. Aceptarán trozos de verdad y desdeñarán el resto.

[...]Por eso, cuando pienso en los que tajaron a papá y mamá y a toda mi familia, me gustaría que los fusilaran, para poder alejar mi pensamiento de su triste destino.

[...]Cuando sea mayor no iré nunca a misa. No volveré a entrar en ninguna iglesia. Me gustaría ser maestro porque en la escuela encuentro el consuelo de los demás y porque papá era maestro.

## La carretera de Bugesera

***Francine Nzyitegeka, 25 años, comerciante y agricultora  
Colina de Kibungo***

[.....] Bien que una mujer nunca se ocultaba sola, y me encontraron. Llevaba a mi hijo en brazos y lo mataron. Pedí que me dejaran salir a la hierba de la orilla para no morir en aquella asquerosidad de barro y sangre en que yacía la anciana. Eran dos hombres; no se me olvida ni un rasgo de esas caras. Me arrastraron bajo los papiros, me dejaron tendida dándome un golpe de maza en plena frente y no me cortaron el cuello. A menudo dejaban a los heridos uno o dos días en el barro antes de volver para rematarlos. Conmigo creo que simplemente se les olvidó volver y por eso no terminaron el trabajo.

[.....] El día de la liberación, cuando los *inkotanyi* del FPR se acercaron hasta el borde de los pantanos y gritaron que podíamos salir, nadie quería moverse de debajo de los papiros. Los *inkotanyi* se desgañitaban gritando frases tranquilizadoras y nosotros seguíamos bajo el follaje, sin pronunciar una palabra. Pienso que en aquel momento los supervivientes desconfiábamos de todos los seres humanos de la tierra.

Los *inkotanyi*, por su parte, cuando al fin nos vieron salir como vagabundos de barro, parecían incómodos con nuestra presencia. Tenían aspecto de estar muy

asombrados, como si se preguntaran si habíamos seguido siendo humanos durante todo aquel tiempo en los pantanos. Les molestaba nuestra delgadez y nuestro mal olor. A pesar de lo desagradable de la situación, querían mostrarnos gran respeto. Algunos optaban por mantenerse muy erguidos dentro de su uniforme, algo apartados y con la mirada fija en nosotros. Otros decidían acercarse más para sostener a los que estaban peor. Se veía que les costaba mucho trabajo. Querían mostrarse muy amables pero nos hablaban poco y con desgana, como si ya no pudiéramos entender nada de verdad y sólo sirviéramos para escuchar dulces palabras de aliento.

Cuatro meses después del genocidio me casé con Théophile. Hicimos como si nada hubiera cambiado entre nosotros a pesar de lo que había pasado. Nos llevamos bien así, diciéndonos en voz baja lo que debe decirse bajo y en voz alta lo que debe decirse alto. Vivimos, con nuestros dos hijos pequeños y cuatro huérfanos, en una casa de barro y chapa ondulada con tres habitaciones. A los huérfanos no merece la pena enseñarles nada sobre el genocidio porque han visto lo peor de la realidad. Mis dos niños sabrán más tarde la verdad necesaria sobre el genocidio. De todos modos, pienso que siempre habrá una diferencia de comprensión entre quienes se han tendido en los pantanos y quienes nunca lo han hecho; entre usted y yo, por ejemplo.

Hablamos de las matanzas casi todos los días con los vecinos; si no, soñamos con ellas por la noche. Hablar no endulza nuestros corazones, porque no es posible regresar con palabras a los tiempos de antes. Pero callarse fomenta el miedo, la lejanía y los demás

sentimientos de desconfianza. A veces bromeamos con todo aquello y reímos, pero al final siempre volvemos sobre los instantes fatales.

[.....] No veo gran ventaja o inconveniente en hablar de esto ahora. Lo hago con dudas, porque hay demasiada gente que ya no está para hablar por sí misma, mientras que a mí la suerte sí me ha dado oportunidad de hablar.

[...]Lo que han hecho los hutus es más que maldad, más que castigo, más que salvajismo. No sé decir nada más exacto, porque si un exterminio se comparte en conversación no se puede explicar de manera aceptable, ni siquiera entre quienes lo han vivido. Siempre surge una pregunta nueva que no se había previsto.

[...] Pero no veo ni gota de bondad en el corazón de los que regresan a las colinas y no oigo a nadie pedir perdón. De todos modos, sé que no hay nada que perdonar.

Cuando estoy sentada sola en la veranda, a veces imagino una posibilidad: si un día lejano un convecino se me acerca lentamente y me dice: «Buenos días, Francine y familia. He venido a hablarte. Soy yo quien tajó a tu mamá y a tus hermanitas, o soy yo quien intentó matarte en el pantano. Quiero pedirte perdón». A esta persona no podría responderle nada bueno. Si un hombre ha bebido una Primus de más y pega a su mujer, puede pedirle perdón. Pero si ha trabajado matando todo un mes, incluso los domingos, ¿cómo puede esperar que lo perdonen?

[..] Cuando has vivido una verdadera pesadilla estando despierta, no distingues ya como antes entre pensamientos del día y pensamientos de la noche. Desde el genocidio me siento siempre perseguida, de día y de noche. En la cama me vuelvo para huir de las sombras; en el camino me vuelvo para ver si hay siluetas que me siguen. Siento miedo por mi hijo cuando tropiezo con miradas desconocidas. A veces encuentro la cara de un *interahamwe* cerca del río y me digo: «Mira, Francine, a este hombre lo has visto ya en un sueño», y sólo después recuerdo que ese sueño lo viví bien despierta en el tiempo de los pantanos.

## La colina de Kibungo

**Janvier Munyaneza, 14 años, pastor  
Colina de Kiganna (Kibungo)**

[...] Los *interahamwe* rondaron por el bosquecillo que hay alrededor de la iglesia durante tres o cuatro días. Una mañana entraron en grupo., detrás de los militares y los policías municipales. Empezaron a correr y a rebanar a la gente, dentro y fuera. Los masacrados morían sin decir nada. No se oía más que la barahúnda de los ataques, permanecíamos casi paralizados en medio de los machetes)' los gritos de los asaltantes. Casi estábamos muertos antes del golpe fatal.

Mi primera hermana pidió a un hutu que conocía que la matara sin sufrimiento. Él dijo que sí, la arrojó sobre la hierba y la mató de un solo mazazo. Pero un vecino más próximo llamado Hakizma gritó que mi hermana estaba embarazada. Le rajó el vientre de una cuchillada para abrirla como si fuera un saco. Es lo que vieron estos ojos sin equivocarse.

[..]«Te he reconocido, puedes salir», y los más inocentes se levantaban y eran masacrados de pie. Los hutus se guiaban también por el lloriqueo de los niños pequeños que ya no podían soportar más el barro.

Cuando encontraban a algún rico se lo llevaban para que les mostrara dónde había escondido su dinero. A veces los matarifes esperaban hasta atrapar a un grupo grande y tajaban a todos al mismo tiempo. O reunían a una familia entera para tajar a unos delante de los otros y se formaba una gran mancha de sangre en el agua. Los que quedaban con vida iban a identificar a los más

desgraciados mirando sus cuerpos en los charcos. Al atardecer la gente se reunía por grupos de conocidos en Cyugaro. Vecinos con vecinos, jóvenes con jóvenes... Al principio se formaban grupitos para rezar. Incluso gente que antes no tenía mucha costumbre de rezar; parecía aliviarles creer al menos en algo invisible, por pequeño que fuera. Pero más adelante perdieron la fuerza o dejaron de creer, o simplemente se olvidaron, y ya nadie se ocupaba de eso.

[...]Los malhechores preferían matar a la mayor cantidad posible de gente sin tomarse el trabajo de enterrarla; debían de creer que después el tiempo sería todo para ellos, o que no les correspondía esa tarea apesada porque ya habían trabajado. Creían también que aquellos cadáveres sucios de barro nos desanimarían a la hora de escondernos. Nosotros intentábamos enterrar a algunos muertos parientes nuestros, pero rara vez era posible porque no había tranquilidad. Hasta los animales capaces de devorarlos habían huido por la barahúnda de las matanzas. Esos cadáveres ofendían nuestro espíritu de tal modo, que ni siquiera entre nosotros nos atrevíamos a hablar del asunto. Nos mostraban con demasiada crudeza cómo terminaría nuestra vida. Intento decir que su podredumbre hacía que nuestra muerte fuera más bárbara. Por esa razón cada mañana nuestra última voluntad era sencillamente llegar una vez más hasta la tarde.

[...]En Kibungo me he reincorporado a la vida razonablemente, pero el dolor por haber perdido a mi familia me sobreviene siempre de improviso. Llevo una vida demasiado triste. Me asusta el temblor de los arbustos cuando estoy con las vacas. Querría volver a la escuela y recomenzar una existencia escolar en la

que pudiera vislumbrar un porvenir.

En Kibungo veo que la vida está rota cuando cae la tarde. Muchos hombres esperan con impaciencia el momento de beber su *urwagwa* o su Primus. El *urwagwa* es nuestro vino de banana. Beben y ya no piensan en nada interesante, hablan a tontas y a locas o se quedan completamente callados. Como si quisieran beber en lugar de los que han muerto y ya no pueden beber con ellos, y a los que nadie quiere olvidar.

Del genocidio en Kibungo no se olvidará ni una brizna de verdad, porque compartimos nuestros recuerdos. Por la tarde de hablamos a menudo de eso, repetimos detalles y buscamos precisiones. Unos días evocamos los momentos más terribles, a los amenazadores *interahamwe*; otros días evocamos los momentos más tranquilos, cuando se tomaban vacaciones de nuestra zona del pantano. Lanzamos algunas burlas humorísticas y enseguida volvemos a las escenas más penosas.

De todos modos, con el tiempo, noto que mi memoria entresaca mis recuerdos como quiere, sin que yo pueda contrapesarla; lo mismo les ocurre a mis compañeros. Ciertos episodios se cuentan muchas veces y van engordando con los añadidos de unos y otros. Se mantienen transparentes, por decirlo así, como si hubieran ocurrido ayer o el año pasado. Otros episodios se abandonan y quedan oscurecidos como en un ensueño. Diría que ciertos recuerdos se perfeccionan y otros se descuidan. Pero sé que ahora recordamos mejor que antes lo que nos ha ocurrido a nosotros mismos. Ya no estamos interesados en inventar o en exagerar o en ocultar como cuando la liberación, porque ya no estamos desconcertados por el miedo a los machetes. Muchas personas están menos aterrorizadas o menos incómodas por lo que vivieron. A veces contamos demasiado y cuando me tumbo en la cama me entra miedo.



[...]Para sentir odio hay que poder dirigirlo hacia caras y nombres concretos. Así que, a los que reconocimos mientras mataban, hay que maldecirlos en persona. Pero en los pantanos los matarifes trabajaban en columnas y casi nunca podíamos distinguir sus rasgos desde el follaje. Al menos yo, ya no consigo imaginar caras reconocibles. He olvidado incluso la del asesino de mi hermana. Creo que el odio se echa a perder frente a una masa de desconocidos; con el miedo es al revés. De alguna forma es lo que siento.

## **Cuernos en forma de lira**

### ***Jean-Baptiste Munyankore, 60 años, maestro Colina de Cyugaro (N'tarama)***

[...]En el bosque supe de la muerte de los dos hijos de mi hermano, que habían ganado el concurso universitario nacional. En el pantano me enteré de la muerte de mi esposa, Domine Kabanyana, y de mi hijo Jean-Sauveur. Mi segundo hijo murió detrás de mí un día que corríamos por el pantano. Nos habían cazado en un ataque sorpresa e intentábamos escapar de nuestros perseguidores. Tropezó en una mata de espino, gritó algo, oí los primeros golpes, yo estaba ya lejos. Estudiaba cuarto curso de primaria.

Hay que tener en cuenta que los fugitivos, si bien por la tarde cuando acampábamos vivíamos «todos para todos», durante la huida por los pantanos estábamos obligados a volver al «cada uno para sí. Excepto, claro está, las mamás con niños pequeños a cuestas.

Por la tarde nos reagrupábamos cuatro familias en mi casa de Cyugaro. No extendíamos esteras ni colchones en el suelo porque los *interahamwe* los habían robado. Intercambiábamos un poco de conversación, sobre todo detalles del día o palabras de consuelo. No había disputas. No se hacía rabiarse a nadie; no había burlas hacia las mujeres que habían sido violadas, porque todas las mujeres contaban con que iban a ser violadas. Huíamos de la misma muerte, corríamos la misma suerte. Ni siquiera los antiguos enemigos encontraban pretexto para pelearse, porque ya no servía de nada.

Se hablaba un poco en aquellos días del porqué de la maldita situación y se llegaba siempre a lo mismo. La

región de Bugesera, antes desértica, estaba abarrotada de gente. Las autoridades tenían miedo de ser expulsadas por el FPR de los «ugandeses». Los bahutus envidiaban nuestras parcelas... Pero estas consideraciones no explicaban el exterminio, y siguen sin explicarlo.

[...]Me casé otra vez con una hermana menor de mi esposa, pero llevo una vida que ya no me resulta interesante. Por la noche atravieso una existencia demasiado poblada de miembros de mi familia que hablan entre sí como personas a las que mataron, y no hacen caso de mí y ni siquiera me miran. Por el día sufro otra forma de soledad.

Lo que pasó en Nyamata, en las iglesias, en los pantanos y en las colinas son actuaciones fuera de lo normal de gente completamente normal. Y lo digo por lo siguiente. El director de la escuela y el inspector escolar de mi sector participaron en las matanzas con garrotes claveteados. Dos profesores compañeros míos con los que antes compartía cervezas y observaciones sobre los alumnos también se pringaron, por decirlo así. Un sacerdote, el burgomaestre, el subprefecto y un médico mataron con sus propias manos.

Estos intelectuales no habían vivido en la época de los reyes batutsis. Nadie les había robado ni molestado en nada, no debían nada a nadie. Vestían pantalones de algodón con pinzas, descansaban como es debido y viajaban en coche o en ciclomotor. Sus esposas llevaban joyas y conocían las costumbres de las ciudades, y sus hijos iban a escuelas blancas.

Esta gente ilustrada vivía tranquila y se remangó para empuñar firmemente un machete. Así que, para alguien como yo que ha enseñado humanidades toda su vida, estos criminales son un misterio terrible.

## La taberna de Marie

### ***Angélique Mukarnanzi, 25 años, agricultora Colina de Rwankeli (Musenyi)***

[...] Los matarifes trabajaban en los pantanos de nueve de la mañana a cuatro o cuatro y media de la tarde, calculando por el sol. A veces, si llovía demasiado, empezaban más tarde por la mañana. Llegaban en columnas y se anunciaban con canciones y silbatos. Aporreaban tambores; parecían muy contentos de ir a pasar toda la jornada matando. Una mañana tomaban un sendero y a la mañana siguiente, otro. Cuando oíamos los primeros silbatos desaparecíamos en la dirección opuesta. Algunas mañanas nos engañaban y aparecían por todos lados para tender trampas y emboscadas; esos días era muy desalentador porque sabíamos que por la tarde habría más muertos de lo normal.

A primera hora de la tarde ya no cantaban porque estaban cansados y regresaban charlando a sus hogares. Se fortalecían con bebidas y comían vacas, porque las mataban al mismo tiempo que a los tutsis. Eran matanzas verdaderamente tranquilas y cómodas. Si los libertadores del FPR hubieran tardado una semana más, no habría quedado vivo ni un solo tutsi en Bugesera para contrarrestar las mentiras, por ejemplo, sobre la presunta ebriedad de los criminales.

[...] Por la mañana no había ni un momento para secarse al sol naciente. Nos poníamos en marcha, empapados, para esconder a los niños en grupos pequeños debajo de los papiros. Les decíamos que se quedaran quietos como los peces en las charcas. Es decir, que no asomaran más que la cabeza y que no lloraran. Les dábamos agua fangosa para beber, aunque a veces estuviera un poco teñida de sangre. Nos cubríamos entonces nosotros de barro. A veces nos adivinábamos unos a otros entre el follaje de alrededor. Nos preguntábamos por qué Dios nos abandonaba allí, en medio de las serpientes, que afortunadamente no mordían a nadie. Una noche mi corazón sangró por una herida que nunca podrá cicatrizar, Al salir por la tarde de mi escondite vi que habían atrapado a mamá. Estaba flotando en el barro. Se llamaba Marthe Nyirababji. A papá, a la madrina y a toda la familia los mataron poco después, el terrible 30 de abril. Papá se llamaba Ferdinand Mudelevu. Lo atravesó un vecino hutu que bailaba y cantaba encima de él. Entonces tuve que formar equipo con otros supervivientes de la colina. Entre las ramas de papiro mis ojos se encontraron con los de los *interahamwe* que mataban a mí alrededor, vi tajar a mucha gente a mi lado y he luchado todo este tiempo contra un miedo tenaz, contra un terror verdaderamente espantoso. Lo he vencido, pero no digo que me haya dejado para siempre.

[...] Muchas familias hutus han vuelto a las colinas aunque sus hombres estén en la cárcel. La prefectura les abre de par en par las puertas de sus viviendas. Algunos no estaban en absoluto de acuerdo con lo que pasaba y otros lo apoyaban a fondo. Estas familias cultivan sus parcelas entre ellas, no nos hablan nunca, no devuelven lo que han saqueado ni piden perdón. Su silencio me hace sentir muy mal. Estoy segura de haber reconocido a lo lejos algunos rostros de criminales entre esas familias cuando las he visto trabajando en los campos. Han conservado sus brazos fuertes para el cultivo. Mi hermana y yo no tenemos más que unos brazos endeble para alimentar a niños no acompañados. Pienso que no es conveniente confiar sólo al tiempo y al silencio la difícil tarea de la reconciliación.

En N'tarama hay supervivientes que se convierten en gente mala o desesperada. Dicen: ((Tenía un marido fuerte, tenía una casa de paredes sólidas, tenía hijos guapos, tenía vacas grandes, trabajaba día tras día... y todo para nada»). Hay muchos hombres y mujeres que ya no se cansan. Beben Primus en cuanto encuentran unas monedas y les importa todo un bledo; se emborrachan de alcohol y de malos recuerdos, Hay quienes encuentran placer en contar una y otra vez los instantes fatales que vivieron. Como si tuvieran necesidad de hacerlo.

Escuchándolos veo que, con el tiempo, no toda la gente recuerda igual el genocidio. Por ejemplo, una vecina cuenta cómo murió su mamá en la iglesia; luego, dos años después, explica que su mamá murió en el pantano. Para mí no hay mentira. La hija tenía un motivo

aceptable para desear primero la muerte de su mamá en la iglesia. Quizá porque la había abandonado en plena carrera por los pantanos y le molestaba haberlo hecho. Quizá porque le aliviaba una tristeza demasiado grande convencerse de que su mamá había sufrido menos así, de un solo golpe mortal el primer día. Después el tiempo ha ofrecido a esta chica un poco de tranquilidad para que se acordara de la verdad y ella la ha aceptado.

Otra chica niega que la hiriera, aunque tiene cicatrices visibles en los brazos. Pero un día oirá a alguien relatar una peripecia de acoso sexual y se atreverá a contar su propio acoso y a qué debe el milagro de su vida. Tampoco ha mentido, ha esperado compañía en su infortunio para revelar una verdad penosa.

También hay gente que modifica sin cesar los detalles de un día fatal, porque piensa que aquel día su vida se hizo con la suerte de otra vida que la merecía igualmente. Pero, a pesar de estos zigzagueos, los recuerdos personales no se escapan de la memoria gracias a nuestras conversaciones en pequeñas asambleas. La gente elige ciertos recuerdos según su carácter y los revive como si hubieran ocurrido el año anterior, y seguirá haciéndolo cien años más.

## **Una tienda en la calle mayor**

### ***Marie-Louise Kagoyire, 45 años, comerciante Calle mayor de Nyamata***

[...]Volví a Nyamata al final del genocidio, en julio. Nadie de mi familia con vida en Bugesera, nadie de mi familia con vida en Nyamata, los vecinos muertos, el almacén saqueado, los camiones robados. Había perdido todo, era indiferente a la existencia. Nyamata estaba muy desolada porque todos los tejados y todas las puertas y ventanas habían sido desmontados. Pero era sobre todo el tiempo lo que parecía roto en el pueblo. Parecía haberse detenido para siempre o, por el contrario, haber pasado demasiado deprisa en nuestra ausencia. Quiero decir que ya no sabíamos cuándo había empezado todo, qué número de noches y de días había durado, en qué estación estábamos, y en realidad nos importaba un bledo.

Los niños iban a coger gallinas entre los arbustos; empezábamos a comer carne, nos poníamos a hacer reparaciones, intentábamos recuperar al menos algunas costumbres. Pero seguíamos preocupados por el presente de cada día, que pasábamos buscando la compañía de amigos con quienes estar por la noche para no correr el riesgo de morir abandonados en una

pesadilla.

Una mañana vinieron unos amigos con cierta cantidad de dinero y me dijeron: «Marie-Louise, tómallo. Tú estabas acostumbrada a negociar y nosotros no; debes reanudar el comercio». Hice poner una puerta en la tienda; el trabajo volvió, pero la esperanza se había ido. Antes la prosperidad me tendía los brazos. Léonard y yo teníamos muchos proyectos, nos llevábamos bien, éramos queridos y estábamos bien considerados. Ahora contemplo la vida de manera funesta, atisbo peligros grandes y pequeños por todas partes. Ya no tengo al que me amaba, ya no encuentro a nadie en quien apoyarme.

[...] Más importante es que la vida se haya quebrado aquí, que la riqueza se haya malbaratado, que ya nadie preste atención a sus vecinos, que la gente se entristezca o se encohere por cosas sin importancia, que la gente no conceda ya la misma importancia que antes a la amabilidad, que los hombres estén agobiados, que las mujeres estén desanimadas. Eso sí es muy inquietante.

[...] va a unirse a nosotros. Pero mostrar nuestro corazón a un extranjero, hablar de lo que nos pasa por dentro, poner al desnudo nuestros sentimientos de supervivientes, nos resulta insoportable. Cuando el intercambio de palabras llega a ser demasiado franco, como en este momento con usted, hay que ponerle punto final.

**El penal de Rilima**  
**Christine Nyiransabimana, 22 años,**  
**agricultora**  
**Colina de Maranyundo**

[...] En mi sector y en el centro de Nyamata vi a muchos hutus que conocía o que eran vecinos matar a tutsis todos los días del genocidio, detrás de los *interahamwe* o de los militares. En el camino de regreso por la tarde, estos agricultores fanfarroneaban sobre su trabajo en los pantanos o en los bosques. Se sentaban delante de sus casas; las mujeres preparaban carne porque ellos mataban las vacas al mismo tiempo que a los tutsis. Compraban bebidas porque se quedaban con el dinero de los muertos. Y cuando se encontraban con el estómago a gusto, se contaban lo ocurrido en la jornada, es decir, a cuántos habían matado. Hacían concursos. Había quienes decían que habían matado a dos, y otros a diez. Los que no mataban ponían cara de haber matado para que no los amenazaran a ellos. Puedo decir que todo el mundo tenía el deber de matar. Era una política muy bien organizada.

Todas las mañanas la gente debía presentarse a su jefe de grupo. En Maranyundo el jefe, de nombre Vincent, se hacía llamar Goliat. Era de él de quien la gente recibía órdenes, itinerarios y recomendaciones para la jornada, O iban o los mataban. Podían fingir,

quedarse rezagados y volver por la tarde sin haber manchado el machete, pero debían marchar detrás del grupo. Los que caminaban sin hacer nada durante el día no podían robar nada. El que decía que tenía demasiado terreno por sembrar en su parcela y buscaba excusas podía ser fusilado en el acto.

[...]También repito que fueron obligados. Si buscaban excusas pretextos para trabajar sin mezclarse en nada podían morir en sus parcelas a manos de sus vecinos. En la colina conozco a muchos hutus que nunca han tajado, pero a ninguno que no haya participado en las persecuciones, salvo los que huyeron igual que los tutsis.

Conozco a hutus que admiten su culpa y aceptan ser castigados. A hutus que niegan todo y piensan que se va a perder el rastro de sus matanzas. Otros creen de verdad que no mataron, aunque haya gente que se los encontró con una hoja ensangrentada en la mano: se han vuelto locos por su locura. Otros no sopesan lo que hicieron, como si hubieran cometido una tontería a escondidas y eso fuera todo. Un día mamá fue al juicio de uno de los asesinos de papá, un vecino. Se cruzó con mamá en el pasillo del tribunal, la saludó educadamente, preguntó por la familia, las lluvias, la parcela, se despidió y volvió a la cárcel como si regresara a su casa. Mamá se quedó con la boca abierta y luego se echó a llorar.

[...]Creo que el Mal nos cayó encima y que le tendimos los brazos. Ahora vivo de la hoz de lunes a sábados. Los domingos descanso y siento nostalgia de antaño. Creo que no me he casado debido a todo lo

que ocurrió. Lo lamento mucho. Ya le he explicado que mis hijos llegaron como de pasada. No tengo tropiezos con los vecinos. Nos vendemos mercancías, nos saludamos y eso es todo.